



Contenido

Compton

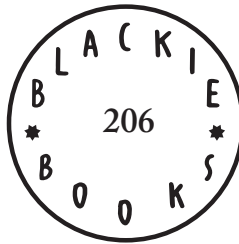
CARLO PADIAL (Barcelona, 1977) es escritor, director de cine y guionista. Vive en Barcelona y ama a su familia por encima de todas las cosas. Sus influencias son el café, el aire libre, Diana Ross y los alimentos de huerta biológica. Le gustan los átomos, la gente joven, coleccionar grandes fragmentos de madera y la música soul. Con su obra, Carlo intenta que la gente se olvide de su vida durante un breve lapso de tiempo. Su objetivo final es llegar a ser jefe de planta de algún almacén de componentes electrónicos.

Ha publicado tres libros, entre ellos *Dinero gratis* (2010, Libros del Silencio) y *Doctor Portuondo* (2017, Blackie Books), que recientemente ha adaptado y dirigido él mismo en una serie producida por Filmin. También ha escrito y dirigido las películas *Mi loco Erasmus* (2012), *Algo muy gordo* (2017) y *Vosotros sois mi película* (2019). Además de la serie documental *Crímenes Online* (2022).

Fue colaborador de *Late Motiv* con Andreu Buenafuente (en #0 de Movistar+) tres temporadas y de *APM?* (TV3) durante dos. Además, ha sido director de vídeo de Grupo Zeta y director de reportajes y de contenidos originales de *PlayGround*. Muchos de sus vídeos han sido virales de enorme éxito, como *Quiero ser Negro*, la serie de reportajes dedicados a los Swaggers, el magacín *Go, Ibiza, Go!* o la serie *La vergüenza de existir*.

CARLO PADIAL

Contenido



Diseño de colección y cubierta: Setanta
www.setanta.es
© de la fotografía del autor: Ramón Peco
© imagen de cubierta: Indigo

© Carlo Padial, 2023
© de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024, Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: David Anglès
Impresión: Liberdúplex
Impreso en España

Primera edición: octubre de 2023
ISBN: 978-84-19654-48-9
Depósito legal: B 10901-2023

Todos los derechos están reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial
de este libro por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso
de los titulares del copyright.

Primera parte

¿Qué haría Kanye West
en tu lugar?

I

Silicon Valley fue creado por ingenieros aeroespaciales, gente brillante con cocientes intelectuales estratosféricos que, llegado el caso, podrían enviar un cohete a la luna. En España las start-ups las monta gente que antes trabajaba en una tienda de alquiler de esquís en Baqueira Beret propiedad de sus abuelos; personajes muy extraños que nadie acaba de entender de dónde han salido. Sujetos que se han conocido en un gimnasio o en el parking del Apolo y deciden montar una empresa tecnológica porque les parece cool. Suena bien. Steve Jobs parecía un tipo guay. ¿Quién no quiere tener una máquina recreativa en su oficina? ¿O beber smoothies rodeado de peña fresca?

Pero el resultado es precario, lamentable. El efecto que producen los emprendedores digitales en España es parecido a cuando ves en la prensa o en la tele a solterones de Sant Cugat bailando música country en un polideportivo demasiado iluminado. Es extraño. Triste. Algo no encaja.

Me llamo Moisés Blanco. Soy mallorquín a mi pesar. Y esta es mi historia en Zenfire, la start-up en la que estuve trabajando entre 2013 y 2019. La start-up española más loca de la historia.

Nunca habrá nada como Zenfire.

Casi me vuelvo loco. Pero ya estoy mejor.

El titular podría ser ese: «Yo trabajé en una start-up española, pero ya estoy mejor».

O eso creo.

2

Tras muchas idas y venidas, un tiempo después de acabar la carrera de Comunicación Audiovisual me fui a vivir con una periodista. Me metí en su casa como un loco, como un caballo desbocado. No tenía otro lugar a donde ir, aunque intenté que no se me notara demasiado. Mis pertenencias enteras estaban en una pequeña mochila polvorienta, que fingía que era mi bolsa de trabajo, cuando en realidad era mi patrimonio completo. Dentro llevaba calcetines, un par de camisetas de festivales de cine, ibuprofeno, preservativos de color negro y un montón de papeles arrugados, con ideas para proyectos que había desarrollado al salir de la universidad y que nunca había logrado llevar a cabo. En general eran ideas para documentales chiflados. Tenía un amigo que se había alistado al Mossad por error, y quería dedicarle un amplio reportaje. La historia era excelente. El chico quería hacer algo de ejercicio, se había apuntado a un gimnasio enfrente de la casa de su madre y sin darse cuenta ahora estaba durmiendo en un desierto cercano a la ciudad de Gaza, con otros incautos captados de forma similar por exagentes del Mossad, que engatusaban a panolis del sur de Europa con la excusa de la moda del extreme training y con la coartada de adiestrarlos para una posible participación en el Iron Man. No sé, tenía muchas ideas así, que no le interesaban a nadie pero

que a mí me parecían el colmo de la brillantez. Estaba convencido de que tenía una cualidad innegable a la hora de observar el mundo, extraer su verdadero significado y devolverlo rearmado en forma de artefacto audiovisual peligroso, satírico. Fantasaba con que mis documentales provocaran una profunda catarsis en el espectador, que le llevara a perder completamente la cabeza.

Por diferentes circunstancias, en aquella época no tenía hogar. Dormía un poco donde podía. Desde luego, no iba a regresar a Mallorca, pero tampoco me atrevía a contarle a nadie mi situación, por lo que cada semana (cada noche) tenía que encontrar un lugar distinto donde dormir sin que se notara que no tenía casa. Alquilé un estudio de trabajo (que no podía pagar) en el piso de un artista, y mi estrategia para poder dormir allí era: salir a última hora de la tarde, dar una vuelta a la manzana, cenar cualquier cosa de un supermercado cercano y, después de una o dos horas, regresar al estudio y dormir allí hasta las seis de la mañana, hora en la que me levantaba, volvía a salir sigilosamente y deambulaba por la ciudad hasta las ocho o las nueve, cuando simulaba que llegaba al estudio por primera vez con la intención de trabajar. Teóricamente, esto podría haber funcionado durante un largo periodo de tiempo, pero a la hora de la verdad la situación era insostenible. El pánico a ser descubierto o a que mi amigo artista regresara de madrugada por cualquier motivo me impedía dormir con tranquilidad. Pasaba las noches en tensión, con la mandíbula apretada. Para poder relajarme y dormir allí necesitaba beberme un par de whiskis, lo cual empeoraba muchísimo más mi situación, porque yo nunca había bebido, y menos en esas circunstancias tan extremas (el alcohol me sentaba fatal), y me iba sumiendo en un estado de desarraigo, paranoia y miedos atávicos muy profundos que hacían que cada noche fuera una puta odisea de la mente.

Por si eso fuera poco, en el estudio donde dormía no ha-

bía camas ni sofás; era un puto estudio muy precario, sin apenas muebles en la zona de Paralelo. La única habitación donde había algo parecido a una cama era en una sala que estaba siempre cerrada y que mi amigo artista me había pedido que no abriéramos bajo ningún concepto. Era una habitación que ocupaba su madre, que era vidente (lo juro), y donde tenía una miniconsulta en la que le provocaba a sus clientas regresiones a vidas pasadas. Para ello disponía de una especie de camilla muy pequeña, como para niños, donde podías tumbarte y dormir, aun a riesgo de caerte por los lados, o volcarla si te inclinabas demasiado hacia delante. Si te estirabas, las piernas te colgaban por delante, la cabeza se te iba hacia atrás y el riesgo de caerte por los lados estaba presente en todo momento, y te provocaba vértigos y sobresaltos inesperados. Cada noche era un suplicio. Entre el whisky, al que no estaba acostumbrado, los nervios y la tensión derivada de dormir sin permiso en un espacio alquilado para trabajar, cada noche era como un viaje en barco, un trayecto en alta mar en mitad de una tormenta. La camilla se zarandeaba de un lado a otro; me pasaba la noche dando bandazos interiores y pensando en miles de cosas terribles, esperando el momento en que alguien me tirara por la borda.

Una tarde, uno de los compañeros con los que compartía estudio me presentó a Erika, la periodista con la que acabaría yéndome a vivir, y quedé cautivado al instante. Recuerdo perfectamente cómo sus ojos se clavaron en mí, o a lo mejor fui yo quien le clavó los ojos a ella. No sé. Alguien apuñaló a alguien con la mirada, eso desde luego. En aquel momento, tal vez por lo extremo de mis circunstancias personales, yo estaba muy predisposto al amor. ¿O era simplemente la desesperación vital la que me puso en disposición de enamorarme como un loco rabioso? Es difícil saberlo. Fuese como fuese, quedé prendado de esa mujer, y encima la idea de que fuera periodista me parecía el colmo de la sofisticación. Era una mujer dulce y fuerte a

la vez, delicada y con una enorme presencia; se desenvolvía en el mundo con una soltura de la que yo carecía. Erika conocía a muchísima gente dentro del mundo cultural, era una mujer muy popular, muy bien conectada, y en cuanto empezamos a hablar me contó que anteriores parejas se habían aprovechado de ella de diferentes formas.

—En general la gente me utiliza, usa mis contactos, y me abandona luego —me confesó una noche en la que habíamos bebido varias copas de vino blanco.

Como siempre, yo no bebía, pero utilizaba el alcohol como herramienta para introducirme en la sociedad de manera forzada, o como salvoconducto en situaciones extremas (por ejemplo, al estar de polizonte en una camilla dentro del estudio de un artista cuya madre practica hipnosis y regresiones). Además, el alcohol no me sentaba bien, me hacía hablar más de la cuenta y mostrar mis motivos ocultos a la primera de cambio.

Al principio la acompañé a muchas fiestas en las que preparaba y servía caipiriñas a troche y moche, repartiendo juego, hablando con este y con aquel. Desde el primer día me molestó que conociera a tanta gente y que tantos hombres le hablaran al oído, con complicidad, como si la conocieran de un modo más íntimo que yo. Ella estrujaba las limas a conciencia, con una fuerza prodigiosa. Recuerdo fijarme en sus manos anchas, que me parecieron la cosa más sexual que había visto en mi puta vida. Al mirarlas imaginaba que no solo tendría las manos anchas, sino que también tendría los tobillos y los pies anchos. Menuda fantasía. Desde que tengo uso de razón, me encantan las mujeres con curvas pronunciadas y manos y pies anchos. A lo mejor porque de niño me gustaba mucho la serie *Xena, la princesa guerrera*. Y Erika era precisamente eso. Una princesa guerrera. Una periodista de tomo y lomo. O eso me contó. Se había licenciado hacía poco y estaba de freelance, después de haber pasado por muy malas experiencias en diferentes medios

de comunicación donde la habían ninguneado por ser mujer o habían tratado de acosarla.

—El periodismo está muerto —me dijo en una de aquellas primeras fiestas—. Pero yo sigo escribiendo.

Yo me quedaba desarmado ante la mirada de Erika, que me recordaba, sin saber por qué, a una especie de diablesa fascinante. Tenía los ojos grandes, la nariz fina, la boca gigante; y todo componía un rostro seductor, lleno de atractivo. A menudo, cuando la escuchaba hablar en aquellas fiestas, fantaseaba con que se declaraba un incendio y era ella quien me rescataba, me cogía por la cintura y saltábamos por la ventana hasta dejar atrás las llamas. Aquella mujer había venido a rescatarme. Por lo menos, así lo vivía yo.

En aquellos primeros encuentros solíamos caminar durante horas hasta llegar al final de la Meridiana, hablando de esto y aquello. Llegábamos como aquel que dice al final de la ciudad y después dábamos media vuelta y emprendíamos el camino de regreso a la civilización. Uno nunca sabe por qué conecta con otra persona, pero era evidente que Erika y yo conectábamos. Puede que tuviera algo que ver que ambos viniéramos de hogares destruidos. Sus padres se habían divorciado cuando ella era pequeña, y yo... bueno, lo mío era mucho peor.

—¿Cuánto llevas en Barcelona? —me preguntó una vez, con una media sonrisa.

—Cuatro años y medio —murmuré—, pero no entiendo la ciudad. Me parece un nido de hijos de puta. Una plaza dura. Con razón los arquitectos de aquí se inventaron las plazas duras, de cemento. Representan muy bien la dureza de la ciudad. Es muy poco hospitalaria. Si no consigo trabajo pronto de lo mío, me tendré que ir.

Reflexionábamos mucho sobre lo difícil que era abrirse camino, y sobre cómo había una especie de embudo económico y social que nos impedía situarnos. Era algo de lo que hablába-

mos sin cesar una y otra vez, tal vez como forma de postergar el momento de besarnos o de irnos a la cama juntos, yo qué sé. De algo había que hablar, y aquello era lo que más nos preocupaba en ese momento.

—A veces me pone triste pensar que es casi imposible ganarse la vida con algo creativo o cultural en España —decía siempre Erika—, a no ser que seas el hijo de alguien. O que tus padres tengan pasta. Mucha pasta.

—No me incluyas a mí. Pese a todo, creo que puedo lograrlo. Solo me hace falta una oportunidad. Solo una.

—Me flipa tu confianza —decía ella, asintiendo.

—Tengo la ventaja de venir de un hogar destruido.

—Yo también, eso da mucha fuerza —apuntaba ella, momentáneamente conmovida—. Pero es guay. Toda la gente interesante viene de familias de mierda.

—O eso queremos creer.

—Es un consuelo como cualquier otro.

—Ahora no soy nadie, pero voy a hacer algo importante. Más importante que Tarzán cuando fue a Nueva York.

Erika se moría de risa con comentarios como aquel. ¡Pero no era ninguna broma! *Tarzán en Nueva York* es una de mis películas favoritas. Me identifico muchísimo con *Tarzán en Nueva York*, con esa imagen del salvaje trasplantado de la jungla a la ciudad.

Este tipo de cosas hacía que Erika me mirara con un brillo especial y con una sonrisa de oreja a oreja. Era tal el nerviosismo que me inundaba al verla tan rendida a mis ideas lunáticas, que en vez de aprovechar para acercarme a ella y besarla, o hacer cualquier otro movimiento de persona normal, optaba por doblar la apuesta y mostrarme aún más como un niño fanático, lleno de ideas disparatadas. Algo que a menudo acababa siendo contraproducente. Pero yo no tenía, ni tengo, medida. Ni entonces ni ahora.

—No quiero asustarte, perdona —le decía.

—No me asusto fácilmente. He tenido muchos novios raros, uno hasta ladraba —dijo ella—. Y también salí con una chica que se vestía como MC Hammer.

—Me da igual con quien hayas salido, no soy como los demás. Quiero ser el artista audiovisual más grande que haya existido en Barcelona.

—Desde luego, ego no te falta.

—Soy realizador, quiero hacer vídeos que conmuevan a la sociedad. Documentales que sean más reales que la realidad.

—Tengo muchos amigos realizadores, te puedo poner en contacto con ellos.

—Quiero que nos veamos más veces —le repetía al final de nuestros paseos, antes de despedirnos.

Entonces ella quizás intentaba acercarse y los nervios me hacían dar un salto hacia atrás, solo que con tanta fuerza que me alejaba muchísimo. Y ella se quedaba mirándome, atónita.

—Eres rarísimo, Moisés —decía entre risas antes de separar nuestros caminos—. Pero supongo que ya te has dado cuenta a estas alturas.

Nunca sabía si la volvería a ver.